

Mónica Lavín



Últimos días de mis padres

© 2022, Mónica Lavín

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: cortesía de la autora
Fotografía de la autora: Blanca Charolet

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2022
ISBN: 978-607-07-8721-8

Primera edición impresa en México: mayo de 2022
ISBN: 978-607-07-8730-0

La autora agradece al Sistema Nacional de Creadores de Arte por su apoyo en la escritura de este libro.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Las últimas palabras que crucé con mi padre fueron: *Eres un egoísta, ¿qué hará mamá?* Estaba sentado en el reposet con la luz de la ventana a su espalda y era de mañana. Llevaba más de una semana hospitalizado y no veíamos cómo enfrentar los gastos. Mis padres no tenían seguro médico, alguna vez lo pagaron, después mi padre se descuidó en los pagos cuando su vida dio una voltereta y al intentar contratarlo no tenían la edad para que el seguro los aceptara.

Los doctores habían dicho que la septicemia cedía. Pero aún tenía que permanecer en el hospital pues evaluarían el daño de la infección en los órganos. Todos pensábamos en su vuelta a casa, él también. Si no, para qué la innecesaria discusión que tuvimos al final. Había un cliente para la casa donde vivían. Vender. De otra manera, cómo se podía pagar esa cuenta. Con voz muy dulce, mi madre le dijo: *Sol, tendremos que vender la casa.* Se llamaban así: *Sol* o *Bicho*. Porque por más averías que hubo en la relación, intermitencias dolorosas, mis padres siempre eran esa pareja bailando tango con garbo. Yira, Yira. Una unidad: un jarrito rajado que con un buen cemento seguía de pie. Mi padre respondió con un *No* contundente. *Pero, Bicho... dijo mamá, no tenemos dinero para pagar el hospital. No importa.* Entonces entré al quite, *Papá, ¿cómo resolvemos esto, y que ustedes tengan dinero para vivir?* Justo en esos días, los inquilinos que rentaban el local se habían ido. Dijo que pagáramos

nosotros, lo cual era imposible y él lo sabía. *Tenemos que vender*, insistió mamá. *No*, repitió con furia, el gesto determinante, paradójicamente, le daba cierta vitalidad a su figura aún erguida cubierta por la bata blanca. *Pues yo vendo*, dijo mamá con desesperación. *Entonces nos divorciamos*, se defendió mi padre.

Era una respuesta absurda y de la que podían haberse reído en un escenario lejos de ahí, como lo del tequila con la enfermera en días anteriores. Pero estábamos aterrados de lo que se nos venía como desfogue de presa, y aunque tal vez había sensatez en no vender, pues aquello se podía rentar, no había manera de enfrentarlo de golpe. *Papá, cómo crees*, le dije. *Nos divorciamos*, insistió. Furiosa le dije que cómo podía hacerle eso a mamá. Me enganché con su necedad de hombretón, de jefe de familia, hice berrinche de niña y con un azotón de puerta salí del cuarto y de la posibilidad de escucharlo para siempre. Me salí de lo poco que le quedaba de vida, como si yo fuera la agraviada. Cuando era la vida la que lo agraviaba. ¿Por qué no celebré esa frase en su noción de futuro?

Divorciarse era vislumbrar un tiempo que continuaría. Era una apuesta de vida.

Vi el documental sobre Pavarotti en un vuelo de avión. Pensé en mamá, y en su aprecio por el don de la voz. La voz es por donde nos desparramamos, se vierte nuestra relación con el mundo. Con más razón si se trata de un prodigio del canto, de ese dominio técnico anudado a la emoción. Mamá escuchaba ópera en silencio, a la Callas o a Pavarotti, en la oscuridad de la sala. Mis padres me enseñaron a amar la belleza. A detenerme frente a un cuadro, a escuchar jazz, a Bach, a los Beatles. Pavarotti me hace llorar.

Soberbia. Escribir puede ser eso, sobre todo si no solo es para uno, como ahora finjo al compartir la intimidad de la muerte de mis padres. Temo al olvido y quiero por encima de la degradación vertiginosa de esos días de internamiento (la pérdida de voluntad, la indignidad del cuerpo, el número de habitación y el expediente en que se convirtieron, el pizarrón con los nombres cambiantes de las enfermeras de turno) devolverlos de ese final donde los detalles se pierden. Ellos tan viajeros, tan gozosos del bienestar y el asombro, tuvieron como última estancia un cuarto de hospital durante dos semanas. Me duele escarbar en esos días del triste telón. Pero me pesa más la desmemoria, no saber quién fui yo mientras atestiguaba el descenso, mientras me confronté con mi hermana, mientras mis brazos dolían como si hubieran cargado a mi *padre* antes de morir, al tiempo que mis manos retuvieron

el último apretón de las de mi *madre*. Quiero recuperar, tal vez por doblegar al tiempo, por tenerlos conmigo, lo que pueda ser salvado de la indecencia de morir viejo en un hospital y no en casa como debiera ser. Quiero rescatar del desagüe la manera en que los hijos competimos por su amor aun a su muerte. Quiero la imagen que los padres nos devuelven de nosotros mismos: su ojo que repara en nuestras gracias y torpezas. Quiero ser redimida por el recuerdo de quien ellos decían que era yo.

Me pregunto por qué los escritores queremos hacer público lo privado, por qué necesitamos escribir sobre la orfandad. ¿Por qué la intimidad exhibida, por qué deshojarse frente a los desconocidos? ¿Por qué?

La orfandad es perder un papel virtuoso. Ya no ejerzo de hija. He perdido un oficio, he perdido un lugar. El único donde se me amaba conociéndome, aconsejándome, a veces lastimándome, espejos al fin, prolongaciones de lo que ellos han querido o no han querido que sea. Acompañantes.

Soy esa sin papel que quiere rescatar los mendrugos de hija en funciones.

Mi padre murió a los noventa, mi madre acababa de cumplir ochenta y seis, junio se los llevó con un año de diferencia. ... *la edad no es relevante para el dolor*, escribe Chimamanda Ngozi Adichie a la muerte de su padre a los ochenta y ocho años, *no se trata de lo viejo que era, sino de cuánto lo queríamos*.

Pavarotti murió a los setenta y un años. Mi abuela materna a los sesenta y tres, cuando mi madre tenía treinta y cinco. Mi padre se quedó sin el suyo a los dos años. Fui afortunada. Pero un amigo me lo aclaró: no importa cuántos años tengas, la orfandad es la orfandad.

De esos últimos días de mis padres debe desprenderse alguna lección que quizás escribiendo estas líneas descifre. A lo mejor para tener la dicha de escuchar a Pavarotti mientras bebo el Cava y amo la vida, y sonrío al tiempo que ha pasado

y sigue pasando y me ha hecho ya una mujer añosa, lejos de la niña que está en los retratos.

Perder a los padres es también mutilar la infancia, el tiempo que no nos podemos contar de nosotros mismos.

MI PADRE

Siempre pensamos que papá sería el primero en morir, por eso cuando mamá se puso grave y al borde de la muerte unos meses antes, nos desquiciamos con un orden inesperado.

Mamá festejó su cumpleaños ochenta y cinco en el hospital. La habían trasladado de terapia media a un cuarto. Las imágenes que mostraba el doctor con orgullo nos permitían reconocer que lo nebuloso en el fondo de los sacos respiratorios era cada vez más tenue y menos visible, pues el agua en el pulmón se reducía. Mamá iba bien. Papá no quería ir al hospital, ella tampoco quería que él se enfermara contagiado por otros, o que le afectara verla aún atada al suero o haciendo los ejercicios de soplado para que las bolitas de plástico rojo ascendieran por unos tubos transparentes. Aquello parecía un juego de niños en el que mamá, siempre disciplinada, se volvió experta y empeñosa cuando lo llevamos a casa para que continuara la tarea que luego repitió mi padre.

Ahora que *escribo* las vuelvo a traer a mi presente, el rojo de esas esferas es llamativo; quien diseñó el artefacto hizo así evidente la capacidad de los pulmones de cumplir con su trabajo. Aquello era un gimnasio portátil. Inhalación y exhalación. Dos palabras, dos acciones inversas, un solo soplido. Bum, las cinco pelotas, ¿o eran tres?, sostenidas en lo alto del tubo.

La verdad es que papá debe de haber estado aterrado de asomarse a la salud frágil de mamá, de pensar que la neumonía

podría matarla y él, quedarse solo. La quería al lado siempre: se quejaba si tardaba en las tiendas, si estaba en la sala leyendo en lugar de a su lado mirando la televisión. Papá tenía miedo y esos días nosotros olvidamos que estaba por cumplir noventa años.

Compramos un pastel y, aunque no permitían más que dos visitas en el cuarto, hicieron una excepción. Fuimos los tres nietos y los tres hermanos, y papá le hizo llegar el regalo que me encargó comprarle. Un Chanel Black, pues el anterior se había terminado. Mamá estaba feliz con aquel gesto. Además podía continuar con el rito de perfumarse antes de dormir, un poco en el escote y detrás de las orejas, una manera de quererse. Papá solía regalarle alguna coquetería que ella luciera. Una blusa de seda, unos aretes, un saco. Y mamá, salvo en los años que no estuvieron juntos, decía con mucho orgullo: *Me lo regaló tu padre*. A veces lo escogía él, pero con el tiempo se hizo más perezoso y entonces le decía: *Bicho, cómprate algo*.

Conforme mamá se ponía mejor y su humor delataba la fortaleza recuperada, nos preocupó papá, solo en la casa, tan necesitado de la presencia de su esposa. Mi hermano se había mudado a la Ciudad de México para estar más tiempo con nuestros padres y lo acompañaba, mientras perdíamos el temor de que mi madre dejara de ser nuestra. Saldría con el tanque de oxígeno portátil que usaba desde hacía algunos años y en casa estaría conectada al concentrador el día completo. Cuando dejamos el hospital el doctor advirtió que tendría que cuidarse muchísimo de no contagiarse de otros virus, de no estar con personas enfermas, de no enfriarse. Mamá lo cumplió al punto que encontró una manera elegante de no saludar con un beso a quien no quería: *El doctor me lo tiene prohibido para evitar cualquier contagio*. Yo la besé muchas veces admirada por la tersura de su piel, una humedad que ni mi hermana ni yo heredamos. Dijo que el oxígeno le ayudaba. Siempre encontraba maneras de no quejarse de la vida. Le gustaba mucho. Aunque después de la muerte de papá, la falta de su demandante compañía la empezó a resquebrajar.

Mi padre habrá tenido que pensar no solo en su miedo a morir, sino en que mi madre lo hiciera antes que él. En cómo sería la vida sin ella. No había sospechado esa alteración del orden, como nosotros. Mi padre no conoció la viudez. La hubiese sobrevivido muy mal. ¿Lo habrán hablado entre ellos? ¿*Si tú te vas primero qué haré yo y viceversa?* Como canción de Jaramillo... «Si tú mueres primero, yo te prometo...». A la muerte individual hay que sumar la demolición de la pareja. La cojera emocional. Mi padre habría necesitado muchas muletas. En terrenos de salud era un agnóstico.